

CAPITULO VII.

DE LA GENTE QUE POBLÓ A MICHOACAN Y DE
DÓNDE VINIERON.

Salieron, los que llaman mexicanos, de la provincia de Aztlan (que ahora es el reino del Nuevo México), que es lo mismo que tierra de garzas, y pasando aquel brazo de mar, que se halla pintado en sus mapas, que algunos presumen es del estrecho de Anian, llegaron, segun la más corriente opinion como se puede ver en el Aparato de esta Crónica, capítulos 39 y 40, de las tierras del Norte los tártaros ascendientes de aquellas nueve familias que vinieron al Poniente despues de los tultecas, ó por el Estrecho de Davis ó por el de Anian; y el motivo que tuvieron estas familias para salir con los que despues se llamaron tarascos, refiere Torquemada en esta forma: Apareció, segun las historias fabulosas de los indios, un fingido

pájaro sobre un árbol, que cantando repetia esta voz, *tihui*, vamos, vamos. Dos capitanes movieron aquella multitud de gente y la pusieron en marcha. Salieron, pues, los aztecas, trayendo en una area de juncos cuatro sacerdotes principales al ídolo, mejor diré, demonio Huitzilopochtli, que era su oráculo. No se movian un punto sin su parecer, y en cada mansion que hacian, le fabricaban casa y altar para su veneracion. Con este principio que el demonio tuvo en este pueblo idolátrico, marchó guiando á los bárbaros para otro lugar, donde (cuentan los naturales) habia un árbol muy grande y grueso, en cuyo pié pusieron el altar de su ídolo, y á su sombra se sentaron á comer muy gustosos. A este tiempo reventó por medio el árbol, dejándolos casi atónitos al estruendo; y cuando se desembarazaron del asombro, consultaron á su ídolo ó falso dios, quien dió por respuesta despidiesen á las ocho familias, de nueve que eran, y solo una se mantuviese allí. Esto sucedió en un lugar nombrado de los indios *Chicamostoc*, lo mismo que sitio ó paraje de siete cuevas, que no es de aquí su origen, como muchos refieren, sino de la dicha provincia de Aztlan, como lo afirma y aprueba nuestro Torquemada, con eminentes varones.

En este mismo sitio usó con sus engañados caminantes el demonio un estratagema, como

suyo, que fué seminario abundante de contiendas, alteraciones y discordias. Hizo su natural presteza aparecer de repente en medio del real dos pequeños envoltorios atados que ocultaban lo que contenian. Curiosos solicitaron descifrar el enigma, y abriéndolos encontraron en el uno una rica y preciosa piedra con visos de esmeralda, que arrebató con sus vislumbres la atencion y codicia de cada uno de los que la miraban atentos, deseando cada cual hacerla suya. De esto se dimanó una contenciosa division que, en dos parcialidades ó bandos, cada parte alegaba sus razones por su imaginario derecho. Entónces Huitziton, caudillo de las dos más principales de aquella engañada plebe, como quien era el que recibia del idolo los oráculos, los sosegó diciendo: Desenvolved este otro envoltorio, que será posible sea cosa más apreciable que las luces aparentes de la piedra. Así lo hicieron los que se veian de la piedra desposeidos, y descubrieron solo dos palos, que motivaron el suscitar de nuevo la contienda. El astuto caudillo los apaciguó, aconsejando á los mexicanos se diesen por contentos con los palos, porque encerraban el secreto de sacar lumbre á todas horas, estregando uno con otro; que mucho más que la piedra les era provechoso para la jornada, que les duró ochenta y dos años desde la salida primera. Quisieron los de la piedra con-

mutar con los otros sus áridos palos; pero no tuvo efecto, estimando más éstos un fuego verdadero, virtualmente encerrado, que el aparente en los brillos de su piedra tan manifiesto. Prosiguiendo, pues, los mexicanos con la misma prolijidad que las otras naciones, aunque ya algo discordes por el pasado disturbio, sembrando y cogiendo y al mismo tiempo poblando varios parajes, de que hoy se conservan muchos vestigios, llegaron, pasados muchos trabajos, transitando por lo que ahora es Guadalajara y Jalisco, á aportar á la provincia llamada Michoacan, por el mucho y regalado pescado que se cria en sus hermosos rios y espaciosas lagunas. Contentóles á todos en extremo la amenidad del sitio y frescura de toda aquella tierra, y discurriendo ser ésta y no otra la que su idolo les tenia prometida, determinaron conformes todos de hacer perpétua mansion en ella. Consultaron su resolucion con su falso oráculo, y no solo no convino en ello, pero se mostró muy sentido. Pidiéronle, no obstante, les diese permiso para dejar en tan fecundo país algunas familias de las muchas que venian en tan numerosa tropa, y se les otorgó lo que pedian; pero que habian de ser, usando de cierta industria para entresacar los que habian de quedar allí de pobladores. Cuéntala el reverendo padre presentado fray Gregorio Garcia, en el ci-

tado libro, en esta forma: Prevínoles el ídolo, que entrándose á bañar en la hermosa laguna de Pátzcuaro, así hombres como mujeres, todos los que quedasen fuera les hurtasen la ropa, y luego, sin dilacion ni estruendo, marchasen á largos pasos con el real y se fuesen adonde los guiaban sus caudillos. Todos los que se habian divertido mucho tiempo en sus baños, cuando salieron fuera, se hallaron sin su ropa, vergonzosamente desnudos, y de los otros compañeros muy sentidos. De aquí rastreará el curioso de dónde pudo tener origen el mortal encono con que despues se hacian cruda guerra los mexicanos y los de esta parcialidad de los tarascos. Este modo de separarse los que tantos años habian corrido unidos, es más verosímil que el que los prohijan de haberse quedado por mandato de su ídolo solo los viejos y enfermos: mal se ajustaba con esto lo mucho que se multiplicaron, como se verá á su tiempo; y así, miéntras no me descubrieren cosa más ajustada, debe prevalecer la relacion de dicho padre presentado en su escritura, conforme á lo que igualmente de la causa de esta enemistad escribe el P. Fr. José de Acosta (*).

(*) Ibidem, cum populi insignis pars, tam viri quam feminae in lacum Patzcuaro lavatum abüsem; cæteris idolum hoc consilium dedit ut lavantibus clam vestes surriperent et sine strepitu tumultuque motis castris inde abscederent. Hoc factò, cum cæteri, balneo suaviter refecti, ex lacu rursus

Separados ya de los mexicanos los tarascos, se unieron con los de otras naciones ccomarcanas á la sierra, y con su trato y el aborrecimiento que se les infundió con el desaire de sus antiguos compañeros, se fué poco á poco mudando la materna lengua. Verdad es que, aunque las lenguas mexicana y tarasca convienen en tal cual particula, son (como es manifiesto) en vocablos y pronunciacion muy diversas. Con la noticia antes referida salimos de las conjeturas de cómo poblaron en Michoacan los tarascos, y se viene á los ojos salieron en esta ocasion de hácia el Norte juntos con los mexicanos, por haberles quedado el mismo culto y adoracion del ídolo que los condujo Huitzilopochtli. Añádese el haber dado nombre al lugar de su primera poblacion de Tzintzuntzan, que quiere decir, segun la Crónica del reverendo padre La Rea, pueblo del pájaro verde, figura con que pintaban el origen de su ídolo. La mutacion de la lengua, si hiciera á alguno fuerza, se debe advertir que si se mudan los reinos, las poblaciones, los hombres y cuanto hay en este mundo con el tiempo, las palabras solas no han de ser estables ni perpétuas;

ascenderent, surreptas vestes, simul, et se lusus animadvertentes non solum ærumnas suas ingenti dolore, et ploratu luxerunt, sed erga profugos tam acerbo et interneisodio exarserunt, ut et habitum simul, et sermonem patrium mutarent.—Hyst. Indiæ Occidentalis, cap. 4. Acosta.

tambien, como lo demás, se sujetan á mudanzas. En Roma sus mismos ciudadanos, como advirtió Quintiliano, hubo tiempo en que muchas veces no se entendian por los vocablos. Corren parejas las lenguas y los trajes: obsérvense los antiguos respecto á los modernos y se verán más mudanzas que las de la luna. Nuestro romance hace hoy burla de los dialectos antiguos; mudáronse con los años, y aun cada dia se desconocen algunas voces. Así pudo suceder con la variacion de la lengua de nuestros tarascos, de quienes, aunque con poco trabajo, hemos descubierto el origen y procurado sacar en limpio cuándo y cómo vinieron, como difusamente lo refiere en el Aparato citado, y de la forma que de los mexicanos se apartaron. En señal de odio perpétuo que desde la burla mencionada profesaban los tarascos á los mexicanos, mudaron traje y lengua. Despues en este reino, por el trato con várias naciones, se hablaban cuatro lenguas, chichimeca y otomí, la mexicana y la tarasca, siendo esta última la propia y la comun, muy elegante y pulida; y como cuando entraron los castellanos en este reino los indios principales les daban sus hijas, y *tarascue* en aquel idioma quiere decir yerno, pretenden Herrera y otros autores que de aquella costumbre y por este motivo se llamó la tierra de los Tarascos y la len-

gua Tarasca. El origen de tan mortal enemistad de los mexicanos y los tarascos es bien sabido; pero no habiendo en tanta antigüedad investigado otros autores bien prácticos y curiosos en tantas materias, abrazo las razones que traen, y por no omitir cosa alguna conducente á la historia de esta nacion, refiero lo que dicen; pero lo cierto es que los tarascos han sido perpetuamente enemigos de los mexicanos, y tan valientes, que habiendo avasallado los emperadores de México á casi todas las naciones de la Nueva-España y hecho á sus reyes tributarios, solo los tarascos se resistieron con tanto valor que nunca los pudieron domar. Moctezuma tuvo reñidísimos encuentros y poderosas batallas con el gran Caltzontzi Sinsicha, que fué el último y en quien se acabó la monarquía con la venida de los españoles, y nunca pudo sujetarlo. Y de esta porfiada resistencia con que sacudieron el yugo de los mexicanos, se llamó su Rey el gran Caltzontzi, que quiere decir el que siempre está calzado con catle, ó el que nunca se descalza; porque siendo costumbre que todos los reyes tributarios al Emperador, en señal de su obediencia, se descalzasen para verle, solo el Rey de Michoacan nunca se descalzaba para entrar á ver al Emperador de México, por no haber sido jamás su tributario ni su inferior, y así le llamaban por

antonomasia el gran Caltzontzi. Esta es la verdadera y más recibida etimología de este apellido, que con mucha gloria ha sido característico de los reyes tarascos, aunque siente lo contrario Herrera, quien, hablando de la llegada del Rey de Michoacán á la presencia de Cortés, dice que los mexicanos (burlándose de él por verle en traje más humilde del que correspondía á su real persona, siendo como habia sido capital enemigo suyo, entrar en su tierra, cosa que jamás él habia imaginado), le llamaron Caltzontzin, que significa alpargate viejo, y que este nombre se le quedó para siempre, sin que jamás los castellanos le llamasen de otro modo.

CAPITULO VIII.

PUEBLAN LA SIERRA DE MICHOCAN LOS TARASCOS:
 ELIGEN SU REY: TRATASE DE SU
 GOBIERNO, POLÍTICA Y DISTRIBUCION DE OFICIOS MI-
 LITARES Y MECANICOS.

No siendo ménos activos que los mexicanos los tarascos, como aquellos fundaron su ciudad en la laguna de México, éstos construyeron la suya en la de Tzintzuntzan y Pátzcuaro, que es de aguas dulces y abundantes de regalados pescados. Tuvieron curiosidad los de México en conservar en sus pinturas los nombres y sucesion de sus reyes: en esto solo excedieron á los tarascos, de quienes, ni entre los indios, se descubrieron memorias ni se hallan relaciones en los autores de la Monarquía Indiana, siendo así que más de dos siglos se gobernaron separados ya de